

el coeditor Krause), un estudio de ADN mitocondrial de mujeres y niños en 11 yacimientos del Bronce Inicial en la Baja Austria (Rebay-Salisbury *et alii*), el caso de 19 individuos del Bronce Inicial y Medio de Balatonkeresztúr en Hungría Occidental (Kiss *et alii*) o una visión alternativa a la interpretación de exogamia femenina durante el Calcolítico y Bronce Inicial en Gran Bretaña (Brück).

Entre los casos de la Edad del Hierro y Medioevo hay un extenso estudio sobre 35 enterramientos infantiles del Bronce Final y Hierro Inicial en Alto de la Cruz de Cortes de Navarra, Las Eretas y Castejón de Bargota en Navarra (Papac *et alii*, incluyendo al coeditor Risch), alguno de los cuales tenía síndrome de Down (Rohrlach *et alii*, 2024), una síntesis sobre estudios en los túmulos escitas (Gass) y dos necrópolis ávaras de la Baja Austria, uno extenso Mödling y otro pequeño Leobersdorf (Daim *et alii*).

En conjunto, nos encontramos con una excelente aportación que reúne a la mayor parte de los mejores especialistas y numerosos casos de estudio en una de las disciplinas con más futuro de nuestro campo, la arqueogenética y su aplicación a los lazos de parentesco, con lo que supone para las interpretaciones sociales, por lo que este libro sólo puede ser bienvenido.

**Frieman, C.J. (2023): *Archaeology as History. Telling Stories from a Fragmented Past*.** Cambridge Elements in Historical Theory and Practice. Cambridge University Press. 98 pp. ISBN (digital): 9781009052412

Este breve libro forma parte de una serie especial sobre teoría de la arqueológica e historiografía y, en línea con el resto de volúmenes de la misma, cumple con las expectativas de forma sucinta pero completa. Es una historia a grandes rasgos de las corrientes de pensamiento y las tendencias prácticas que otorgan sentido a los hallazgos arqueológicos, y de cómo estas corrientes varían a lo largo del tiempo. Hay un par de cuestiones que actúan de hilo conductor para toda la obra: *¿cómo interrogamos a nuestros datos? Y, ¿cuáles son las respuestas que podemos obtener de los mismos?*

## Bibliografía

- Ringbauer, H., Huang, Y., Akbari, A., Mallick, S., Olalde, I., Patterson, N. y Reich, D. (2023): "Accurate detection of identity by-descent segments in human ancient DNA". *Nature Genetic*, 56 (1): 1-9. <<https://doi.org/10.1038/s41588-023-01582-w>>.
- Rohrlach, A.B., Rivollat, M., de Miguel, P., Moilanen, U., Liira, A.M., Teixeira, J.C., Roca-Rada, X., Armendáriz, J., Boyadzhiev, K., Boyadzhiev, Y., Llamas, B., Tiliakou, A., Mötsch, A., Tuke, J., Prevedorou, E.A., Polychronakou-Sgouritsa, N., Buikstra, J., Onkamo, P., Stockhammer, P.W., Heyne, H.O., Lemke, J.R., Risch, R., Schiefels, S., Krause, J., Haak, W. y Prüfer, K. (2024): "Cases of trisomy 21 and trisomy 18 among historic and prehistoric individuals discovered from ancient DNA". *Nature communications*, 15 (1): 1294, 1-8. <<https://doi.org/10.1038/s41467-024-45438-1>>.

ALFREDO MEDEROS MARTÍN  
 Universidad Autónoma de Madrid  
 Facultad de Filosofía y Letras  
 Departamento de Prehistoria y Arqueología  
 Ciudad universitaria de Cantoblanco  
 Carretera de Colmenar km. 15. 28049 Madrid  
 alfredo.mederos@uam.es

Frieman concibe la arqueología como una empresa narrativa. El encabezado de los distintos capítulos ya avanza esto: se titulan *contar historias* (sobre distintos temas). Esto no es únicamente un recurso retórico, sino que implica una actualización en la comprensión de la construcción del conocimiento y apunta a la naturaleza interpretativa y social del mismo. La diferencia entre las voces inglesas *story* y *history* podría traducirse al castellano (aunque perdiendo matices, como en toda traducción) como *historias* e *Historia*. La idea que trasmite el libro es sencilla pero poderosa: la Historia se construye a través de historias, sean colectivas o individuales, centrales o marginales, institucionales o domésticas. La arqueología, además de una disciplina científica —la relevancia de los avances en este ámbito se detalla en varios de los capítulos— es, inevitablemente, un ejercicio de posicionamiento

con respecto a la Historia y sus historias. *Qué* contamos, *cómo* lo hacemos, y *por qué* son preguntas pertinentes para el ejercicio ético de la arqueología.

*Telling stories about Places* (historias sobre los lugares, pp. 3-20) presenta un catálogo de conceptos que sientan las bases para entender el método arqueológico. *Contexto, estratigrafía, sondeo, procesos post-deposicionales, tafonomía, unidad estratigráfica, matriz Harris-Winchester, relleno, datación relativa, SIG...* Estos términos, y algunos otros, que nos son familiares a quienes los utilizamos en el día a día, se introducen aquí para el lector no experto. Se pasa a continuación a describir los procesos principales de la metodología: prospección, excavación, registro. El libro comienza hablando de los principios básicos de la arqueología y de su particular objeto de estudio: la materialidad —y la relación de nuestra especie con ella—. Frieman se apunta un tanto al explicar esto desde el inicio, poniendo los cimientos para comprender lo que vendrá en capítulos posteriores. Es, en este sentido, también una reivindicación de la rigurosidad de la arqueología y sus modos de operar.

En *Telling stories about Things* («contar historias sobre las cosas», pp. 20-33), como cabe esperar, se explora en mayor detalle esta materialidad de la que hablábamos, y cómo ha cambiado la concepción de la cultura material en distintas épocas. Aparece aquí otro de los grandes tropos de la historia de la arqueología: el paso del ímpetu coleccionista al tratamiento de los restos materiales de forma analítica y, más concretamente, de acuerdo al método científico. Es decir: se habla de la transformación ontológica que sufre el registro arqueológico, que pasa de ser *objeto de colección* a ser *objeto de estudio*. Pero también de la transformación epistemológica que implica este viraje, que es fundamental para el desarrollo de la profesión tal y como la conocemos hoy en día. Es en esta sección, también, donde se introduce la idea de las tecnotipologías y la adscripción cronológica en base a criterios formales como método propiamente arqueológico. Se hace, además (de nuevo haciendo gala de una de las fortalezas de todo el texto), ejemplificándolo con casos de estudio a los que quizá no estemos tan habituados en estas latitudes —por ejemplo, el de un conjunto de lápidas en Nueva Inglaterra en los siglos XVII a XIX (pp. 22-23)—. Esto también es un buen mecanismo

para incitar a la curiosidad a través de la novedad, del aporte de nueva información. Encontramos en este capítulo un primer llamamiento a reconocer la presencia de quien investiga, la *posicionalidad*, como un factor determinante en la investigación.

Una de las preocupaciones primordiales de la arqueología ha sido siempre el dar respuesta a la pregunta acerca de la edad de aquello que estudia. Es en *Telling stories about Time* («contar historias sobre el tiempo», pp. 34-47) donde se aborda la cuestión de las técnicas de datación, tanto relativas como absolutas. Estas últimas se describen de forma básica en una tabla —igual que se hizo en el capítulo primero con las técnicas de teledetección—, junto a los materiales que pueden ser utilizados para datar, el rango cronológico y su precisión. Todo ello hace este apartado uno muy útil para la consulta y una buena recomendación para la docencia. Pero las historias del tiempo relatadas aquí no son únicamente una enumeración de herramientas analíticas y científicas para medirlo. Se constata desde el principio que la dimensión humana es una constante que aparece a lo largo de todo el libro, y no como mero adorno o como anécdota, sino como algo *imprescindible* para la arqueología. Dice Frieman, inspirada por las experiencias de las naciones indígenas australianas (p. 44), que ambas narrativas —la de la datación numérica y la de la vivencia y la memoria colectivas— existen en temporalidades distintas. No puede entenderse esto como una diatriba relativista contra el fechado: más bien es un alegato a favor de las cronologías múltiples, una propuesta de complejización de nuestras ideas sobre el tiempo. Aunque breve, esta conclusión sirve de trampolín intelectual para pensar más allá de lo que tradicionalmente damos por sentado y ser conscientes de la brecha existente entre el pasado y la percepción posible del mismo.

Ya he mencionado que este es un libro que tiene como propósito recordar a cada momento la *humanidad* que atraviesa y constituye la disciplina. Quizá *Telling stories about People* («contar historias sobre las personas», pp. 47-61), sobre arqueología funeraria y arqueogenética, sea el capítulo más explícito al respecto. También aquí se repasan los debates de índole ética más recientes: sobre el correcto tratamiento de los restos óseos, especialmente aquellos que están siendo reclamados por las comunidades

indígenas descendientes o los que fueron adquiridos en circunstancias de dominación colonial; sobre el eurocentrismo y el racismo que cimienta la época temprana de la arqueología y sus pervivencias actuales. Al mismo tiempo, se repasa el estado del arte en el estudio de ADN prehistórico, explicándose las diferencias entre el ADN mitocondrial y el nuclear, y aludiendo específicamente a cómo se identifican las diferencias genéticas entre poblaciones. Como caso práctico, de nuevo un ejemplo oceánico: los flujos genéticos que componen el linaje de los habitantes de las islas de Micronesia y Melanesia (pp. 56-57). Es por este tipo de detalles por los que el libro es más que un manual académico al uso: el rigor se combina con un tono muy pedagógico que hace relativamente fácil la comprensión de temas de no poca complejidad científica pero, además, la lectura es ágil y entretenida. Todo ello sin dejar de lado la discusión historiográfica: de nuevo se resumen las diferentes modas interpretativas que ha atravesado la arqueología funeraria, desde las grandes líneas evolucionistas hasta los estudios a menor escala y con influencia sociológica. Este cambio consiste, fundamentalmente, en un alejamiento de las grandes narrativas que buscaban testimonios de la jerarquización social a través del rango, y en un acercamiento a visiones más complejas, más matizadas.

*Telling Stories that Change the World* («contar historias para cambiar el mundo», pp. 61-72) es, para concluir, una reivindicación de la arqueología como motor de cambio social. Recorre algunas de las tendencias intelectuales y teóricas que defienden la idea de que las condiciones sociopolíticas en las que se lleva a cabo la investigación afectan a los resultados de la misma. Es, en resumen, una exploración de los usos políticos de la arqueología, tanto históricos como actuales —Frieman trae a colación algunos ejemplos, como el interés por el pasado del nacionalsocialismo y la extrema derecha actual (p. 62) o el uso de hitos y monumentos históricos en campañas electorales (p. 62-63)—. Es innegable que la arqueología ha sido y es utilizada para propósitos políticos. En estas circunstancias, aduce la autora, no es posible, ni ético, actuar como si estuviera exenta de carga ideológica. Esta aseveración constituye la base para proponer una arqueología comprometida con el presente y el futuro

del ser humano, y no solo con su pasado. Frieman reconoce las aportaciones que sucesivamente han ido introduciendo las nuevas generaciones de arqueólogos y arqueólogas de colectivos históricamente marginalizados, como aquellos que provienen de naciones indígenas, Primeras Naciones americanas y aborígenes australianos. Estos puntos de vista, que se unen a las reclamaciones por el territorio de estas comunidades y por la transparencia y la propiedad de los datos resultantes de la investigación, son los que están conformando las nuevas concepciones de la arqueología que marcarán su futuro —que lo están marcando ya—.

Este es un libro generalista, en el mejor sentido del término: hace un barrido por la historia y la metodología arqueológicas, presentando una panorámica actualizada. Lo hace, además, con un tono legible y sencillo, prescindiendo de grandes términos y favoreciendo tanto la comprensión como la atención. El interés del lector se mantiene con los casos de estudio que salpican el argumento general, que tienen, además, la virtud de ser ejemplos extraeuropeos en muchas ocasiones. En un contexto como el del estado español, donde la arqueología es, casi siempre, una cuestión pretérita —aunque también aquí contamos con exponentes punteros de arqueología contemporánea, como González Ruibal (2018, 2020)—, esto es particularmente pedagógico: nos permite ver cómo se pone en marcha la arqueología en lugares donde existen comunidades indígenas descendientes que ostentan derechos sobre su territorio y su patrimonio. No es un volumen excesivamente ilustrado, pero sí incluye imágenes, gráficas y tablas para ayudar a la comprensión de los conceptos y técnicas científicas que se mencionan. Además, en cada capítulo hay una o varias cajas de contenido específico que funcionan independientemente al grueso del texto y ahondan en un caso específico o problemática particular.

Estos modos de hacer arqueología —los que incluyen una reflexión ética sobre el tratamiento de los restos humanos, los que cuentan con las comunidades indígenas y locales— son los que Frieman reivindica. Defiende que estas nuevas metodologías y teorías son hitos importantes para el desarrollo de la disciplina, igual que lo fueron otrora los grandes descubrimientos de los pioneros; y que constituyen el armazón teórico, metodológico, práctico y sociopolítico de una arqueología mejor —sin menospreciar lo bueno de la que ya ejercemos—.

## Bibliografía

González-Ruibal, A. (2018): *An archaeology of the contemporary era*. Routledge. London.

González-Ruibal, A. (2020): *The Archaeology of the Spanish Civil War*. Routledge. London.

JUDIT DEL RÍO  
Universidad de Burgos  
Facultad de Humanidades y Comunicación  
Área de Prehistoria  
jdelrio@ubu.es

**Escacena Carrasco, J.L. (ed.) (2023): *El Neolítico en la Sierra Morena occidental. La Cueva Chica de Santiago (Cazalla de la Sierra, Sevilla)***. SPAL Monografías, 46. Universidad de Sevilla. Sevilla. 210 pp. ISBN-978-84-472-2355-8

**García Rivero, D. (ed.) (2023): *Actas del VII Congreso sobre Neolítico en la Península Ibérica (Sevilla, 2020)***. Colección Actas, 88. Universidad de Sevilla. Sevilla. 570 pp. ISBN-978-84-472-2422-7

El yacimiento de Cueva Chica de Santiago (Sevilla), descubierto en 1975, fue objeto de dos campañas de excavación, un sondeo inicial de 2 × 2 m durante 8 días en julio de 1976 bajo la dirección de P. Acosta, complementado con una segunda campaña de 10 días en julio de 1980 bajo la dirección práctica de M. Pellicer, en la cual también participó el editor, J.L. Escacena, donde a 1,60 m del anterior se abrió segundo corte inicial de 2 × 1,70 m, denominando sector A, pero al no poderse proseguir en profundidad por la presencia de grandes bloques se abrieron tres cortes anexos adicionales, B, C y D, de 4 × 2 m, campaña donde se recuperaron restos humanos de 5 adultos, cuatro de ellos en la fase del Neolítico Inicial y uno del Neolítico Final. El profesor Pellicer cedió la documentación al Departamento de Prehistoria y Arqueología de Sevilla en 2016, falleciendo en 2018.

Uno de los avances significativos es la publicación de 4 nuevas dataciones (p. 57) que aportan una mayor precisión cronológica que las fechas previas de los laboratorios Gak y UGRA no lo permitían, dos de las cuales ofrecían fechas calibradas del 7201-6427 a. C. y 6507-5666 a. C., excesivamente

antiguas que llevaron a proponer una temprana neolitización en la península ibérica (Pellicer y Acosta, 1982), aunque se la sigue considerando la serie neolítica más antigua de Andalucía junto con la cueva de Nerja (García Rivero y Pellicer, p. 58), que ahora se sitúa según el nivel II, el penúltimo más profundo, en 5317-5215 y 5178-5065 a. C.

El principal capítulo corresponde a los materiales arqueológicos (Pellicer *et alii*, pp. 65-125), donde la cerámica es la parte principal (pp. 65-109), destacando el importante conjunto decorado en los niveles más antiguos, donde el elevado porcentaje de la almagra en la decoración supone el 58,4 %, con 421 fragmentos. Personalidad propia tiene el apartado de la cerámica del Neolítico Final, que se corresponde con los niveles 10-9 de 1976 y nivel 7 de 1980, que con 4560 fragmentos supone el 28 % de la cerámica. En ese caso debe advertirse que de las 176 decoradas que aparecen en estos niveles, un 4 % del total, en su práctica totalidad proceden de niveles más antiguos como impresas o a la almagra las cuales son indicativas de mezclas estratigráficas, al igual que la presencia de tres bordes engrosados con seguridad calcolíticos.

Entre las analíticas, aparte de las nuevas dataciones radiocarbónicas, se aportan estudios sobre la fauna por Bernáldez y García Viñas (pp. 127-155) y sobre ADN en restos faunísticos a cargo de Cornellas *et alii* que resulto poco fructífero por la mala preservación (pp. 157-173), las cuales pueden resultar pocas pero que implican el reestudio de una serie donde probablemente no se hizo flotación, lo que dificulta otro tipo de analíticas como carpología, antracología, ictiofauna o microfauna.

El libro termina con unas largas conclusiones por parte del editor (Escacena, pp. 175-207), donde se presta quizás demasiada atención a algunas piezas con posible valor cultural, como un antropomorfo orante, que también conocemos en el Neolítico cardinal valenciano (pp. 178-187) y tres posibles microbitos (pp. 187-203), los cuales quizás debieron incluirse en la monografía como capítulos independientes, pues como tal se han publicado (Escacena, 2018; Escacena y Flores, 2023), aunque sirven para defender al inicio y al final que la cueva fue «un hipogeo con uso exclusivamente ritual», por la presencia de restos humanos sin conexión anatómica y la dificultad